

1.276 12

EL BUEN COMBATE



N.º 15

LA PIEDAD AL USO

POR

D. Félix Gardá y Galvany

PRESBITERO



BARCELONA

MARZO DE 1897



CONDICIONES DE SUBSCRIPCIÓN

á 1 ejemplar mensual.	1'50	ptas. al año.
á 4 ejemplares mensuales.	0'50	» cada mes.
á 8 » »	1	» » »
á 12 » »	1'50	» » »
á 20 » »	2'25	» » »
á 50 » »	5	» » »

Notas. Las subscripciones á un ejemplar sólo se admiten por año entero.

Subscribiéndose de cuatro ejemplares mensuales en adelante, puede hacerse por uno, dos ó tres meses, un semestre ó todo el año.

El pago se hará por adelantado en letra, libranza ó sellos, certificando en este último caso la carta.

Dirigirse á D. Miguel Casals. *Librería y Tipografía Católica.* Pino, 5 Barcelona.

OPÚSCULOS PUBLICADOS

El Pan del Pobre, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.—*¿No es hora todavía?* por id.—*De Carlos á Manuel y viceversa*, por Antonio.—*El deber de la limosna*, por F. S. y S.—*De Carlos á Manuel y viceversa* (segunda parte), por Antonio.—*Sol de las almas*, por F. S. y S.—*Credo, ó refugio del cristiano en los actuales tiempos* (primera parte), por Mons. Gaume.—*Id, id.* (segunda parte).—*La acción antimasonica*, por F. S. y S.—*El Santísimo Rosario*, por Campanzas.—*Católicos... á la moda*, por Raquel.—*Católicos de verdad*, por id.—*Guerra de frente*, por F. S. y S.—*Espinas, hojarasca y flores*, por el Dr. Franco.

La colección de los doce libritos publicados se vende á 4'50 ptas., y á 2 ptas. encuadrada en un tomo en tela.

OPÚSCULO EN PREPARACIÓN PARA ABRIL

Los fariseos, por N.

LA C-2371

PIEDAD AL USO

POR

D. FÉLIX SARDÁ Y SALVANY, Pbro.

DIRECTOR DE LA

REVISTA POPULAR

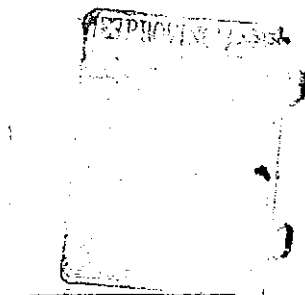


CON LICENCIA ECLESIASTICA



BARCELONA.—1897

LIBRERÍA Y TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5



Es propiedad



INTRODUCCIÓN



TIENE el diablo, además de otras, innumerables mañas suyas, la de gran falsificador. Cifra casi siempre lo más ingenioso y sutil de su infernal diplomacia, nó en combatir de frente ciertas cosas y recomendar ciertas otras, sino en presentar de tal suerte disfrazadas las malas que á los poco avisados vengan á parecer buenas, y en averiar y descomponer de tal suerte las buenas, que dejen al fin de serlo y lleguen aun tal vez á convertirse en verdaderamente malas.

Y son tales el arte y consumada astucia del enemigo en todo eso, que allá se va con la falsificación, donde es más preciosa la cosa falsificable, y donde por lo mismo es menos de sospechar el engaño, y por ende más asegurada ó probable para él la ganancia. En nuestros primeros padres se hizo de eso la experiencia más costosa que de todas ha sufrido el género humano, tanto que hasta hoy no han cesado, ni cesarán de llorarla sus descendientes. Con falso y al parecer muy legítimo deseo y halago de ciencia supo encubrir la fealdad de la primera rebeldía contra la ley de Dios, y desde entonces no hay pecado alguno al que no nos tiente con máscara de alguna virtud, ó por lo menos con el paliativo de no ser tan grave como en su natural buen sentido le dicta á cada uno la conciencia.

Mas lo primoroso, la alta escuela por decirlo así de su habilidad está, nó en apartarnos directa y conocidamente de lo bueno, sino en inducirnos á practicarlo de tal suerte que, quitándole al acto su principal valor y mérito esencial, quede del mismo únicamente la forma exterior ó apariencia. Con lo cual logra él su objeto, que es privar-

nos del bien, y quedamos nosotros con la ilusión de que no lo hemos abandonado, y por tanto sin la ventaja de que nos lleve otra vez al mismo la saludable reacción del remordimiento.

Así para muchas gentes es cosa indubitable que han de tener Religión: mas de qué modo hayan de tenerla, ese es ya otro asunto que resuelven ellas á su modo, ó mejor al que les da resuelto á su gusto Satanás.

Como hay otras muchísimas que tienen por gran virtud la caridad; en la forma empero de ejercitarla profesan tales ideas y adoptan tales procedimientos, que de nada les sirva para su alma el tenerla, y lo mismo le resulta al diablo para su negocio que la tengan ó no.

Ahora bien. Eso mismo sucede, hoy sobre todo, con la piedad, que es donde al parecer habría de haber menos riesgo de que tal llegase á suceder. El demonio ha llegado hasta á sentar plaza de beato, que es lo que muchas buenas almas no hubieran en toda su vida sospechado de tal enemigo. Sí, señor, y le trae mucha más cuenta al infierno el que vayan muchas almas allá

por esos caminos, que no por los otros más conocidos de la irreligión franca y del des-
cocado libertinaje.

A despertar en las almas cristiano reco-
lo sobre esa materia dirígenle las presen-
tes reflexiones. Después de leídas y medi-
tadas, dirá el buen lector si está ó no de
sobras justificado este grito de alarma con-
tra la peor y la más insidiosa de las for-
más del moderno Naturalismo.

Sabadell, Mes de San José de 1897.



LA PIEDAD AL USO

I

De la verdadera piedad y de su obligación



o os parece, que para tratar de la piedad falsificada se hace ante todo indispensable dar á conocer la verdadera?

—Ciertamente, y éste es el camino que hay que seguir para sentar de un modo seguro el pie en dicha materia. Principiemos, pues, por dejar establecida una verdad, que desconocen ó por lo menos olvidan muchos hombres, y aun mujeres, del día.

—¿Cuál es?

—La de que no hay verdadera práctica de la Religión, sin sólida práctica de la piedad.

No es, en efecto, tener religión creer solamente sus dogmas, al modo que es ciencia poseer una serie encadenada de verdades. Como á teoría bellísima y soberanamente armónica no se le escatimarían elogios y admiraciones al Cristianismo, aun por los que ahora se declaran sus más feroces impugnadores. Las vidas de Cristo y de María y de los Apóstoles, los hechos de los Mártires, y el majestuoso desarrollo de la fe en todo el mundo, constituirían entonces, aun para los más refractarios á sus divinas enseñanzas, una leyenda maravillosa con honores de epopeya, que tendría, hasta entre los impíos, fervorosos y entusiastas cantores. Es algo más que ese espléndido follaje de poesía ó de ciencia la verdad cristiana. No la comprende bien quien la considere solamente como blando arrullo de la imaginación, y aún si se quiere del corazón, ó como portentosa construcción científica de la inteligencia. Ante lo primero sólo se le exigiría al católico emocionarse y sentir como en el teatro; ante lo segundo arrobarse y palmotear como en la academia. La Religión es más que un cuadro bellísimo, con que quiso halagarnos y deleitarnos

Dios, supremo Autor de toda verdad y toda belleza. Es el homenaje que exige este Dios, como dueño de su criatura; es la sujeción y servicio que de su siervo reclama el señor. Es el reconocimiento práctico de la jurisdicción que tiene El sobre nosotros; es el vasallaje de cada día, de cada hora, de cada minuto, prestado á esa suprema jurisdicción y señorío. Jurisdicción y señorío, nó de mero título ó pomposa ceremonia, como algunos de la tierra; sino real, efectivo, con derecho á dictar leyes y á imponer deberes y á demandar sacrificios; con sanción de penas contra quien á dichas leyes y deberes y sacrificios no satisfaga puntualmente, y con sanción de premio á favor de quien á todo eso satisfaga con la debida fidelidad. Bien entendido, que no hay autoridad alguna de orden humano que posea con tal plenitud ese señorío y jurisdicción sobre sus subordinados: ya que las autoridades de la tierra no pueden exigir de los súbditos más que la prestación de servicios exteriores; cuando de esta otra jurisdicción de que hablamos no está libre el seno más recóndito de la humana conciencia, ni lo más invisible del deseo, ni lo más inviolable de la voluntad, ni lo más vago y vaporoso del sentimentalismo. La jurisdicción de Dios y de su divina Ley no reconoce otros límites que la

inconsciencia, la cual tocante á actos humanos equivale al no ser; por lo cual bien se la puede llamar jurisdicción absoluta é ilimitada.

—¿Queréis, pues, decir que no es sino Religión mutilada, es decir, no es Religión la del que se contenta con entenderla y aún con sentirla, pero sin llevarla al terreno de verdadero servicio práctico, en lo cual consiste su carácter más especial?

—En efecto, eso digo y eso dirá cualquiera que en tales materias tenga sentido común. Católico ó cristiano debería equivaler en el común lenguaje á devoto ó piadoso, si el común lenguaje no fuese las más de las veces todo él una sarta de groseras inconsecuencias. Por estas inconsecuencias, que constituyen la más deplorable de las flaquezas de la humanidad y la más vergonzosa herencia del primer pecado, hay muchos hombres que se llaman y creen católicos porque no desconocen ni niegan la fe, pero sin que por otra parte muestren empeño alguno en llevarla á práctico ejercicio. Católicos son, pero no ejercen de tales, podríamos decir, aplicando á este asunto la fraseología vulgar. Saben el oficio, y por el Bautismo han puesto sobre su puerta rótulo y muestra del mismo; pero... de ahí no pasan, ni acreditan que eso sea en ellos algo como una verdadera

profesión. A semejanza de ciertos títulos honorarios que en la Administración pública ó en la milicia se otorgan por puro obsequio á personas enteramente ajenas á aquellas carreras, y que sirven tan sólo para que pueda el favorecido ostentar en días clásicos un uniforme más ó menos pintoresco, y obtener en las antesalas y ostentar en las tarjetas un tratamiento más ó menos sonoro, así estos católicos son católicos de nombre, y nada más.

II

En qué puede hacerse consistir, si bien se mira, la fórmula de la verdadera piedad.



ASTANTE tienen algunos con llamarse católicos y no rehusar este glorioso apellido, y como tales creer, ó al menos no descreer, por decirlo así, lo que como dogmas de su fe enseña el Catolicismo. Lo que además de esto se haga considéranlo como propio de otra clase especial con la que no quieren ellos ser sumados en manera alguna; la de los fanáticos ó beatos, si ya no la llaman con término todavía más denigrante, la de los mogigatos é hipócritas. Los tales no han considerado quizá que aun el demonio, con ser demonio, cree; es, pues, compatible el acto de creer con el odio eterno á Dios que devora las entrañas de aquel desventurado: se puede, pues, creer muy firmemente, tan firmemente como cree el demonio, y hallarse no obstante

en peligro y aun en estado de eterna condenación. Débese, de consiguiente, no sólo creer, sino amar lo que se cree, y esto último es lo que no puede el demonio ni puede ningún condenado.

—Estoy viendo á donde vais á parar con lo que estáis insinuando.

—Voy á parar, si no me equivoco, á la fórmula de la verdadera piedad. Bien mirado, en aquella palabra *amar* está todo el secreto de ella. Su precepto general está señalado en el primero de los Mandamientos, cuando se nos dice: *Amarás á Dios sobre todas las cosas*, ó como más extensamente se expresa en el antiguo Decálogo: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas*. En amar y obrar consiste, pues, todo el carácter de la piedad. Obrar amando y amar obrando puede considerarse como su doble fórmula, que es en realidad una sola. Amar á Dios y las cosas de Dios y cuanto tiene relación con el servicio de Dios ó es conducente á la gloria de Dios. Y conforme á este amor obrar por Dios, y en obsequio á Dios, y con el ojo de la intención siempre puesto en Dios, y ver á Dios en todas las cosas, y todas las cosas ver en Dios y según Dios. Amar obrando y obrar amando, volvemos á decir; y si atentamente consideramos estas breves pero muy jugosas pala-

bras, podremos deducir de ellas los principales atributos ó cualidades de la piedad.

—Me va interesando, mas de lo que podéis figuraros, este asunto.

—Lo merece como el primero.

En primer lugar la piedad es obligatoria, es de necesidad, es de precepto: porque es de precepto amar á Dios, y es de precepto que tal amor no sea de solas palabras y afectos, sino también de obras. Es obligatorio, es de precepto el amor de Dios, y es de precepto que tal amor sea verdadero y no fingido; y para que sea verdadero debe mostrarse con servicios y sacrificios. Nunca se amó de veras en el mundo más que de esta manera, y así se aman unos á otros los amigos; y así amamos el dinero, los honores, los placeres, la ciencia, la patria, la familia, y así nos amamos á nosotros mismos. Amar no es una mera contemplación platónica ó idealista: amar es hacer algo, es hacer mucho, por el objeto que se ama, y siempre se entendió de esta manera el amor. Nada hay, pues, tan obligatorio como la piedad, esa piedad que por lo común se considera cosa libre y de supererogación, y como fineza enteramente gratuita y regalada.

—Bien deducido, y que no tiene salida.

—En segundo lugar, es la piedad algo muy práctico y tangible y material, en me-

dio de ser la primera y más alta de las cosas espirituales. Pues la piedad es el amor que obra, sirven todas las obras á la piedad, si sirven todas á aquel amor. Así nada exclu-



ye de sus operaciones la piedad, desde la contemplación mística que eleva el alma humana poco menos que al nivel de los Angeles, hasta la humildísima y si se quie-

re groserísima tarea de lavar de sus inmundicias á un enfermo por amor de Dios, que es de las últimas en el orden de las obras de misericordia corporales. Todo es piedad, porque todo es amar obrando y obrar amando; bien sea en obsequio y adoración directa á Su Divina Majestad, como en el primer caso; bien sea en servicio y socorro de aquellos en quienes place á Su Divina Majestad verse representado. Nada hay, pues, tan práctico como la piedad.

—También hay que admitir esta consecuencia.

—Como tampoco podréis dejar de admitir la tercera y última, y es que nada hay tan dulce y sabroso como la piedad. Es obrar amando y amar obrando, y sabido es que el amor embellece y dulcifica y hace facilísimo cuanto ilumina con sus rayos y toca con su al parecer prodigiosa varilla. «Gran cosa es (dice á este propósito aquel tan fino y tan entendido doctor en materia de esos amores, el sublime autor de *La Imitación de Cristo*), gran cosa es el amor, gran bien sobre todos los bienes: él solo hace ligero todo lo pesado, y sufre con igualdad lo más desigual. Lleva sin fatiga la mayor carga, y hace dulce y sabroso lo más amargo... Nada hay más dulce que el amor, nada más fuerte, nada más alto, nada más extenso, nada más agradable... No siente la carga,

ni hace caso de los trabajos; desea más de lo que puede, nada juzga imposible. Fatigado, no se cansa; angustiado, no se acongoja; espantado, no se rinde.» ¿Y acaso no lo vemos hasta en lo humano? ¿De qué no es capaz una madre, infeliz mujer, tal vez joven, débil y enfermiza, cuando se trata de la vida de su hijo? No es, pues, enojosa la vida de piedad, sino grata y apacible y por todo extremo suavísima al corazón de veras piadoso. Con lo cual podemos dejar firmes y asentadas tres verdades que nos parecen el más sólido fundamento para lo demás que discurramos sobre esta materia. Que no es cosa libre al cristiano ser ó no ser piadoso, pues esto va esencialmente incluído, como condición indispensable, en su mera estricta profesión de tal. Que no es cosa vaga é ideal, propia únicamente, como creen algunos, de almas dadas á contemplaciones místicas; sino manual, tangible, práctica, compatible (y aun indispensable) con las tareas más llanas y vulgares del cristiano seglar de toda condición. Que por fin no es la piedad tristeza, ni encogimiento, ni vida melancólica y aburrida, como piensan los más; sino luz, serenidad, alegría interior, fiesta continua del alma, *juge convivium*, como muy gráficamente la llama la Sagrada Escritura.

III

Cómo y en qué sentido son voluntarias muchas obras de piedad sin dejar de ser ésta en si obligatoria.



CON sólo tener á la vista la fórmula que en el anterior capítulo señalamos, ó sea, la de considerar á la piedad como el amor obrando, ó el *amor práctico* á Dios y á las cosas de su divino servicio, salta á la vista una distinción fundamental, que importa desde luego establecer en las obras de piedad; ó sea, en obras de precepto y en obras de consejo, ó lo que es lo mismo, en ras obligatorias y en obras voluntarias.

—¿Y no contradice esto último á lo manifestado en el anterior capítulo, sobre el carácter siempre obligatorio de la piedad?

—De ningún modo. La piedad, en efecto, es siempre obligatoria; las formas de la piedad quedan algunas veces al libre arbitrio de cada fiel, según su devoción, ó el especial llamamiento que para eso reciba de Dios nuestro Señor. Hay, primeramente, formas de piedad obligatorias, como hay deberes de

Religión para todo fiel cristiano, deberes que dejan de cumplirse enteramente si no se cumplen piadosamente. Hay por ejemplo el deber de la profesión pública de la fe, el deber de la oración, el deber de los Santos Sacramentos, el deber de la Misa, el deber de la limosna: en una palabra, la suma de deberes que señalan los diez mandamientos de la ley de Dios y los cinco de la Iglesia, más los peculiares que concretamente trae para cada cual su respectiva profesión, estado ó cargo. Deberes, hemos dicho, que si no se cumplen piadosamente, ó lo que es igual, si no se cumplen como obras de piedad, no se cumplen en manera alguna. ¿Qué es, en efecto, cristianamente hablando, sino vana ceremonia, cualquier acto exterior de Religión, si no le acompaña el sentimiento filial de obsequio á Dios, el movimiento del corazón que implícita ó explícitamente lo dirige á su mayor honra y gloria, además de las condiciones de atención externa, material integridad, compostura aun del cuerpo, y otras, que si no forman su esencia, pertenecen no obstante á su necesaria perfección? ¿Oye acaso Misa el que simplemente asiste á ella como un guardacantón, ó que por mera galantería acompaña al templo á su hermana ó á su hija ó mujer? ¿Ora verdaderamente el que, por compromiso, ó bien parecer, ó tonta

rutina, silabea las páginas del devocionario ó masculla, más que pronuncia, distraídamente unos *Padre nuestros* y *Ave Marias*? ¿Ejerce obra alguna de caridad el que importunado arroja con desdén y malhumor unos céntimos al mendigo para quitárselo de delante? ¿Visita el templo ó concurre al culto el que, por mero placer estético ó por vulgar curiosidad, admira sus líneas arquitectónicas, contempla sus cuadros, se deleita con su música, ó se extasia con el orador? Nada de eso son actos de Religión, si no los acompaña el sobrenatural afecto de amor á Dios; nada de eso es cumplimiento del deber cristiano, si no es juntamente acto de piedad. Aun algunas veces peor será que nada, por decirlo así; pues llegará á convertirse en odiosa profanación, y si de Sacramentos se trata, en espantoso sacrilegio. Véase, de consiguiente, hasta qué punto es para todo fiel cristiano, no ya sólo para frailes y monjas y curas, obligatoria la piedad.

—Tenéis razón.

—Y digo todavía más.

Si debe acompañar la piedad los actos de obligación generales para todo fiel cristiano, so pena de que queden éstos, como hemos visto, nulos é inválidos; por igual razón debe acompañar los actos de obligación de cada estado ó profesión particular. De

suerte que aquellos actos á que me obliga la Religión como militar, ó como magistrado, ó como artesano, ó como esposo y padre de familia, ó como hijo de ella, ó como amo, ó como dependiente, si algún merecimiento deben granjearme ante Dios, como actos de piedad debo cumplirlos, esto es, debo cumplirlos con deseo de servir en ellos á Dios y obedecer en ellos su ley y hacer su voluntad santísima. Y si los cumpliese excluyendo ese fin nobilísimo, podría mi cargo ó profesión ganarme muy buenos cuartos y posición, y tal vez hasta renombre y fama en la tierra, pero nó un átomo solo de gloria en la eternidad. Sería mi obrar el de un pobre pagano é infiel; nó el de un cristiano, cuyas obras para que algo valgan y algo ganen deben llevar todas el sello y marca de Cristo. Hasta, pues, en eso que se sale de la esfera general de los deberes impuestos por la fe á todo hijo de ella, hasta en eso que mira singularmente á tal estado ó condición particular, es de ley la piedad, y es cosa obligatoria pensar y hablar y obrar piadosamente.

—Sin embargo, el lenguaje vulgar, que no siempre es, según veo, regla de toda confianza, ha dado en llamar *obras de piedad* no á las que se hacen por estricta obligación de conciencia, sino más comúnmente á las que se elige cada uno

por espontáneo impulso de su corazón, movido por la divina gracia en dirección á ciertos ejercicios ó prácticas religiosas.

—Es verdad, y así para algunos obtienen preferencia tales ó cuales penitencias ó rezos; para otros, silenciosas meditaciones ó actos de contemplación; para éstos, obras de corporal ó espiritual beneficencia; para aquéllos, el arduo batallar de la vida pública y de los trabajos de organización y de propaganda. Admirable y armonioso concierto de individuales ó colectivas actividades, que se diversifican y clasifican en cien y cien otras divisiones y subdivisiones de obras buenas, tan variadas tal vez como son variados en los hombres el carácter, el temperamento y la misma fisonomía. Que así como dicen algunos teólogos que no hay en el cielo un ángel igual á otro ángel, y que cada uno de esos seres forma en aquella prodigiosísima florecencia de maravillas distinto orden y clase; así tal vez no hay en el mundo de la gracia un alma igual á otra alma, ni una inspiración igual á otra inspiración, ni una obra buena igual á otra obra buena, ni una fisonomía espiritual, si es lícito hablar así, igual á otra espiritual fisonomía. A miles se han producido en el campo de la Iglesia las obras santas y los ejercicios piadosos y las instituciones benéficas, y á miles las está produciendo y

las producirá hasta el día del juicio su fecundidad, inagotable porque es divina. Sin embargo, todo eso tan múltiple, tan casi hasta lo infinito variable y variado, tiene una nota fundamental, ofrece un común rasgo fisionómico, y ostenta un mismo sello de autenticidad infalsificable: el de obra de amor de Dios, el de acto de piedad. Con eso se le reconoce por legítimo; con eso se acredita de verdadero, porque con eso solo se acredita de cristiano.

—¿De suerte que también en este último sentido es obligatoria la piedad, aun en sus formas que podemos llamar más espontáneas é individuales y de libre elección?

—Indudablemente. Como la moneda es fuerza que sea de ley en su metal, peso y cuño, si no ya no es moneda. Y puedo á mi libre discreción tenerla de oro, de plata ó de cobre, y soy muy libre en eso; pero no en que deje de tener ella las condiciones arriba dichas, si no quiero exponerme á que se la rechace por bastarda y falsificada, y aun á que se me castigue quizá á mí como falsificador.

Es, pues, deber obligatorio para el cristiano la piedad, más que todo lo otro que en la vida religiosa reconocemos por deberes; como que es el deber-alma, el deber-esencia, el deber requisito indispensable de todo otro deber.

IV

De la guerra atroz con que persigue el mundo la piedad, cuando es verdadera



A verdadera piedad tiene entre otros un carácter y contraseña que la acredita de tal.

—¿Y es?

—Es la guerra implacable, feroz, que en todas partes le declara el mundo. Conócense bien uno á otro estos dos enemigos, y no se disimulan en parte alguna su mutua aversión. Pero, notaréis que entre las obras de piedad que hemos mencionado en los capítulos anteriores, considerando como tales todas las obras de Religión, ninguna les merece al falso criterio mundano tan acerbos censuras como las que en último lugar hemos citado, ó sea, las de libre voluntad de cada fiel, que son las que en lenguaje ordinario se entienden más comúnmente bajo aquella denominación. Aquí se emplean todas las armas del chiste y del ridículo, aquí todos los acerados filos de la chacota y de la sá-



... persigue el mundo la piedad cuando es verdadera.

tira. La piedad, según estos filósofos de la mueca y de la carcajada, es mogigatería, es beatería, es fanatismo, es alucinación, es atrofia del espíritu, es algo como vecino á la chochez del viejo ó á los histerismos de la mujer. Ser piadoso un cristiano, sobre todo si es hombre, y más sobre todo si es joven, es atroz cursilería, que no se compadece ni con la formalidad y tiesura del sexo fuerte, ni con las bizarrías de la mocedad y de la edad viril, ni con la elevación y desembarazo de un entendimiento culto y despreocupado. Un devoto es siempre un ser inverosímil; tipo chocante en sociedad; especie de ente chiflado, al que hay que compadecer como al infeliz víctima de una monomanía cualquiera. Usar devocionario y rosarios; frecuentar Sacramentos y rezar visitas y novenas; pertenecer á Cofradías y Congregaciones; tenerles devoción á imágenes y reliquias; pensar en indulgencias y jubileos; formar en fila de devotos con senda antorcha ó blandón; hablar de Dios y de cosas de iglesia con la llaneza y seriedad con que se habla de política y de negocios; tener abono en el templo como otros lo tienen en el frontón ó en el teatro, ¡oh! ¡qué programa para ser puesto en solfa por las gentes del siglo! ¡qué *menú* para un banquete de los tan sabrosos que se estilan en el *foyer* de

una tertulia ó en la mesa del casino ó del café!

—Pintáis, digo mal, fotografiáis con admirable exactitud.

—Da sin embargo la casualidad que esa vida piadosa que así se moteja y se pone en ridículo por los que viven alejados de ella, resulta admirable, imponente, alguna vez sublime, cuando de cerca se tiene ocasión de contemplarla. Es de un modo particular gallarda y simpática cuando recae en las personas en que más suele hallarla digna de sus mofas y sarcasmos la ignara impiedad, esto es, en los hombres, y de un modo particular en los jóvenes. Atrae con irresistible seducción de señorío y de cierta espiritual grandeza, cuando se la ve en la figura del rudo obrero, ó en la del bizarro militar, ó en la del en apariencia frívolo joven de mostrador ó viajante de comercio. Sorprende y cautiva y sugestiona (como se dice hoy) cuando á lo mejor se la ve brillar como con súbita llamarada de fe y de celo en el animado platicar de un vagón ó de una sala de fonda, ó en las oficinas de un despacho público. Hácense entonces cruces de ella (si alguna vez puede hacerse cruces el diablo) los libertinos y calaveras, los sedicentes espíritus fuertes y entendimientos superiores, y siéntense á pesar suyo confundidos y anonada-

dos ante ese género de superioridad, para ellos de todo punto incomprensible.

—No la comprenden; ¿cómo han de comprender los ciegos qué cosa sea la luz y los horizontes que ella ilumina?

—Tenéis razón. Y mucho menos pueden los tales comprender la razón de la diversidad de formas que toma la piedad, y de los mil y variados conceptos de que se vale ella para expresar sus afectos. Ingenioso es, en efecto, el amor, y multiplica hasta lo infinito las formas de la adoración, de la admiración, del ruego, sin salirse nunca por decirlo así del mismo tema. ¡A cuán sinnúmero de títulos diferentes no ha dado lugar, por ejemplo, el culto filial que profesa el pueblo católico á la Madre de Dios! ¡Cuánto y cuánto no dicen al corazón las mil y mil advocaciones, ora lastimeras, ora risueñas, ora de nacionalidad ó región, ora de recuerdos históricos ó tradicionales, con que es venerada en sus innumerables santuarios la Virgen Santísima? Y ¿qué prueba eso sino la intensidad del cariño y lo insaciable de él, á la vez que lo impotente que se reconoce el humano lenguaje para significar su exuberancia, la cual le induce á crear y á variar hasta lo infinito las formas y maneras de expresión? El corazón de la más sencilla aldeana alcanza como muy filosófico y racional, eso que no acaba de

alcanzar la soberbia crítica de los profundos pensadores de la incredulidad escéptica. ¿Y habrá que negar que tenga un cuadro colores ó una música armonías, sólo porque un infeliz ó muchos infelices carezcan, por voluntaria ceguedad y sordera, de los sentidos apropiados para percibir su belleza?

V

De la falsa piedad, que más bien debe
llamarse pietismo



CONVENDRÉIS, amigo mío, en que de la persecución que sufre por parte de los mundanos la piedad verdadera, tienen casi siempre la culpa los mistificadores de ella, ó sean, los piadosos falsificados.

—En gran parte sí, y por lo menos suministran éstos el pretexto para la burla. Digamos, pues, ahora algo de éstos, que son el objeto principal de nuestro librito.

—Más de la mitad, en efecto, de los defectos que se achacan á las personas piadosas, no son sino motivos ó pretextos de censura que á la impiedad ofrece el pietismo.

—Decís bien, y esto vamos á examinar brevemente. Reparad antes, que junto á la verdad y el bien levántanse siempre sus opuestos el error y el mal, condición in-

dispensable de la vida presente, donde el hombre es libre de sus actos, para merecer con ellos, y con ellos labrarse su suerte definitiva. Así contra la piedad, hay la impiedad, que es su antítesis franca y radical. Contra el deber de honrar á Dios y servirle, hay en el hombre el horrible poder de despreciarle y rebelársele, ó por lo menos traerle olvidado; campo contra campo, bandera contra bandera, divisa contra divisa. Es lo natural y lo lógico; mas por esto, y por no convenirle siempre al diablo lo lógico y lo natural, hase inventado un medio término entre aquellos dos extremos de oposición, y así entre la sincera piedad y la impiedad franca y descocada apareció la absurda mistificación que se llama *pietismo*. Es la moneda bastarda, falsificación de aquella otra moneda de ley, de que antes hemos hablado. La piedad verdadera es la pieza legítima que tiene las tres condiciones requeridas en toda buena moneda: metal puro, peso conforme y marca legal. El pietismo es la pieza falsificada á la que faltan estas tres condiciones ó alguna de ellas, como vamos á exponer.

—Me gustará oír como explanáis la comparación.

—Voy á eso.

Fáltale al acto pietista la pureza del metal, si no se ejecuta en realidad por Dios

como fin del mismo, sino ó por interés propio ó por humano respeto, ó por otras cualesquiera miras exclusivamente terrenas, que en otro asunto pueden ser muy lícitas y honestas, pero que aquí desnaturalizan por completo la obra. Fáltale el peso cuando aparece mermada la obra por imperfecciones tales de ejecución, que apenas dejan de ella la sombra y exterior apariencia, desapareciendo, por decirlo así, lo substancial de ella, aunque por ventura quede en la misma algo de buena intención. Fáltale por fin el sello ó marca, cuando no se ajusta á las reglas de modo y forma que tiene establecidas sabiamente la Iglesia para cada obra espiritual de sus hijos; modo y forma que es de rigor pedirle á tal Maestra, y que nadie puede dar aprobada sino ella, como el Estado es el único que puede dar á la moneda legal el cuño que de tal la acredita. Sujetando los actos á la piedra de toque y fiel contraste de estas tres observaciones, es facilísimo distinguir el *pietismo* de la piedad, y las personas meramente pietistas de las verdaderamente piadosas.

—Haced vos mismo la prueba, y dadme aquí en un par de ejemplitos la aplicación.

—¿Cómo un par? Tres ó cuatro me ocurren ahora mismo, por no decir una doce-

na. Por desdicha hay barro á mano en todas partes.

—A ver, á ver.

—Aquella señora ó caballero (lo mismo da) que van mucho, mucho á la iglesia; los días de buena música, se entiende; ó cuando hay predicador de moda, pues hasta de eso ha hecho sacrílegamente modas el pietismo; ó cuando el concurso se presume que ha de ser lucido y dar ocasión á fastuoso alarde de trajes y joyas, ¿van allá por piedad? No, sino por mero pretexto de ella, por puro pietismo.

Pertenecer á Asociaciones piadosas ó de beneficencia, sólo porque pertenece á ellas la señora de tal ó el caballero de cual, ó porque en las mismas se contraen buenas relaciones sociales, ó porque no se ha podido eludir el grave compromiso en que á uno le ha puesto persona á quien no se puede descontentar, ó de quien dándole gusto se espera algo ó mucho en el negocio ó en la carrera, ¿es eso piedad? Nada de eso, es la sempiterna máscara del pietismo.

Tener cuadros religiosos en el gabinete y aun crucifijo en el dormitorio, y toreros y flamencas y desnudeces mitológicas en el comedor ó en el despacho; ostentar entre las piezas de más viso de la casa el oratorio con la mayor suma de facultades



Va mucho á la iglesia; los días de buena música ó cuando hay predicador de moda...

y privilegios posible, y frontero al mismo el salón donde en cualquier tiempo del año, y hasta quizá en Cuaresma, se dan cita mundo, demonio y carne para mundanas fiestas en que reinan el lujo, la vanidad, el impudor en los trajes, el ningún recato en las conversaciones, ¿acreditará eso tal casa de piadosa? De ninguna manera, y sí tan sólo de pietista.

Enternecerse hasta derramar lágrimas con las místicas frases del devocionario; desahogar ante el Sagrario todo el corazón en sentidas exclamaciones y jaculatorias, rezarles á todos los Santos y Santas del cielo y llevar encima todos los escapularios habidos y por haber; y á vueltas de eso saborear con fruición las páginas de la novela lúbrica, ó las emociones del drama naturalista, ó las aventuras de un galanteo más ó menos libre, ¿es en la niña ó joven que así se porta nota de piedad, aunque levante la niña de vez en cuando los ojos al cielo ó los esconda bajo los holgados pliegues de artístico manto de luto, ó se presente en su primera Comunión ó en día de boda vaporosamente envuelta en blancas gasas ó ceñida de cándidos azabares? ¿Qué ha de ser? No es sino efectismo romántico, piedad de melodrama, pietismo y nada más.

—¡Valiente grupo acabáis de retratar y que tiene en el mundo de hoy sobrados originales!

—Una palabra se me ha soltado, que me parece la más apropiada para resumir la cuestión. Efectismo; para muchos *soi disant* piadosos eso parece buscarse solamente en la práctica de ciertas piedades, eso y nada más. Viste bien en casos dados la nota piadosa, y esto basta para que se adopte para las necesidades del momento; pero nó porque el acto salga de los senos del alma ó para que trascienda á ellos, y menos á todo el tenor de la vida, como debiera para ser un acto verdad. Es una piedad de puro efectismo convencional; como los cumplidos en el lenguaje de sôciedad; como las frases de desconsuelo en las esquelas funerarias de encargo; como los ayes de dolor que se estampan en las coronas de siemprevivas que se venden en los comercios de quincalla. Efectismo sin otro efecto práctico que el de producirlo á los ojos, pero no más allá; sin relación alguna con las reglas ordinarias de conducta; especie de traje de ciertas horas no más, nó espíritu que aliente vivo en todos los pensamientos, palabras y obras; piedad de lance y de carácter puramente decorativo para circunstancias dadas; que tiene un nombre

muy antiguo y conocido en el idioma cristiano de todos los siglos, desde Jesucristo y los fariseos hasta hoy; nombre muy vulgar y muy feote y nada culto y nada efectista, aunque sin duda el más verdadero. Se llama, sin tantos eufemismos, llana y sencillamente hipocresía.

VI

**Del sentimentalismo ó emoción estética,
que no pocas veces se confunde con la
verdadera piedad.**



E cuantos disfraces usa la falsa piedad para aparecer verdadera ¿queréis saber cual es el más artero y embau-cador?

—Decidlo, por vida vuestra.

—Pues, es el sentimentalismo; tan engañador y embus-tero, que con él resulta mu-chas veces víctima del engaño el propio interesado.

—Exponed un poco más vuestra idea.

—Estadme atento.

La Religión y sus misterios y su culto son cosa de suyo admirable y conmovedora, aun prescindiendo de su carácter sobrenatural. Hasta á la simple apreciación y consideración humana se presentan atractivos é interesantes, cuando el corazón viciado no busca pretextos de conveniencia

propia para hallarlos repulsivos y odiosos. Aunque no fuese como es el Catolicismo lo más verdadero entre todas las cosas verdaderas, sería siempre el conjunto más soberanamente bello y artístico entre todas las cosas bellas y artísticas: de ahí el poderoso ascendiente que ejerce, hasta sobre ciertas almas que desgraciadamente no atemperan todas sus ideas y conducta á la austeridad de sus divinas enseñanzas. Páginas arrobadoras se han escrito sobre el culto católico y sobre las virtudes de Cristo y de los Santos, hasta por autores manifiestamente incrédulos y racionalistas.

—Ahí está muy cerca de nosotros Castellar, que puede servir de oportuno ejemplo.

—Iba á citároslo, y me lo quitasteis de la boca. Pueden, pues, darse frecuentemente (y se dan no raras veces) profunda y pertinaz impiedad anticristiana, y juntamente admiración por los héroes cristianos, y emoción ante las gloriosas escenas y recuerdos del Cristianismo, y ternura y hasta entusiasmo en presencia de los actos más espléndidos de su magnífico culto y de la piedad del pueblo fiel. Raro contraste y extraña antinomia, es cierto; pero no obstante hecho real y verdadero. ¿Acaso no se ha visto alguna vez á protestantes y cismáticos caer emocionados ante la augusta majestad del Pontífice cuya autoridad no

reconocen, ó al presenciar, por ejemplo, la grandiosa pompa de la antigua Semana Santa en la Roma papal?

—Cada día se lee eso en los periódicos y libros de viajes.

—Ahora bien. Esta emoción, esta impresión, son puramente de orden estético, aunque quien las experimenta no conozca esta palabra; esta conmoción muchas veces ni siquiera moral, sino fisiológica y nerviosa, aunque parezca en tales ó cuales ocasiones sólida piedad no lo es, si de ahí no pasa, sino apariencia de ella, mero pietismo. Aunque haga vibrar y estremecer nuestras fibras, aunque haga saltar con desacompasados latidos nuestro corazón, aunque agolpe lágrimas á los ojos, puede muy bien ser puro naturalismo. Se puede ser, aun con esto, nada piadoso, nada cristiano, y hasta perfectamente gentil. Es impresión parecida á la que hacía llorar á San Agustín en sus mocedades por la trágica muerte de Dido, que sabía el sensible retórico no ser más que invención de Virgilio; es lo que acontece á muchos corazones juveniles y apasionados ante una página de ciertas novelas ó al contemplar en el escenario las crueles luchas ó espeluznante desenlace de algunos dramas. La cabeza sabe cierto que aquello es todo una ficción del poeta; el corazón no obstante y los nervios no razo-

nan, sino que sienten sin razonar, y sienten más cuanto menos razonan. ¿Por qué, pues, no ha de pasarles algo por el estilo á ciertas personas ante las bellezas y grandezas de nuestra santa Religión? ¿Y cómo no han de creerse satisfechas las almas frívolas con una religiosidad así, que nada más les exige que el placer de sentir mucho y experimentar las siempre deleitosas emociones de lo bello, aunque todo esto por lo común tenga tanto de estéril como de deleitoso? Y dada la imperfecta educación religiosa que se da hoy á los jovencitos en muchas escuelas y familias, y hasta en no pocos colegios, ¿cómo no ha de resultar frecuentísimo engaño en no pocos espíritus ese de la falsa piedad, que sólo dulzuras proporciona y ningunos sacrificios impone? Extasiarse ante las góticas ó no góticas catedrales, embelesarse con las nubes de incienso que envuelven el altar, experimentar el mágico arrullo del órgano ó de las campanas, gozar la inefable infantil alegría de Navidad ó los sombríos melancólicos quejidos de Jeremías en Viernes Santo, halaga más y cuesta menos que confesarse por Cuaresma, ó practicar prosaicamente los ayunos de ella, ó ir devotamente á Misa los días comunes, ó traer recatada la vista y enfrenada la imaginación en medio de las inmundicias del si-

glo. Bueno es todo aquello y óptimo, pero no basta por sí solo, y por sí solo no impide ser un mal cristiano, y por sí solo no libra de la eterna condenación. Sentir la Religión y no practicarla es tan perfectamente inútil, como sentir la tentación y no consentirla es perfectamente inocente. Atended á esa observación, y hallaréis en ella un paralelismo que os dará mucha luz sobre esta materia. No nos hace malos encontrar sabrosos los objetos malos, si los detesta y aparta de sí por malos nuestra voluntad. Tampoco nos hace buenos el encontrar sabrosos los objetos buenos, si nos limitamos á saborear su dulzura. Quien de la Religión busca sólo el goce ó emoción, sin aplicarse á la práctica de sus preceptos, es como el hambriento á quien de un rico plato se le permitiese solamente paladear la salsa, y nó comer la tajada.

—Pobre alimento sacaría de aquélla el infeliz, si no pudiese hacerse con ésta.

—Ciertamente, como que la salsa sólo es un accesorio del manjar para facilitar su deglución, nó el objeto principal y eficaz que en los manjares busca el necesitado. Y son tantas en la moderna sociedad las almas flacas y desmedradas, porque en Religión se nutren únicamente de salsas, nó del sólido y substancial alimento que ella ofrece á quien lo busca de veras. Espíritus, ané-

nicos os encontráis por doquier, á quienes todo parece arduo, todo exagerado, todo imposible, no obstante aparecer ellos muy devotos y piadosos. Es que en el fondo ¡infelices! no son más que engañados pietistas.

VII

Luz y piedra de toque para distinguir lo auténtico de lo falsificado en materia de piedad.



OR lo que vais diciendo ¿quién duda que en algunos casos pueden ocurrir graves equivocaciones, no conociéndose si son verdadera piedad ó engañoso pietismo tal cual afecto interior ú obra exterior, que se nos presenten con más ó menos buenas ó falaces apariencias?

—Tenéis razón.

Hábil es, en efecto, el enemigo de nuestras almas, y son muchas sus industrias y artes para deslumbrarnos con falso resplandor de fuegos fatuos, y traernos con ellos perdidos y desorientados, hasta dar en lamentables precipicios ó cuando menos en sensibles tropiezos y desbarros.

Hay para estos casos luz y brújula que no fallan. Es la Cruz de Cristo. La Cruz, signo infalsificable; la Cruz, criterio inconfundible; la Cruz, balanza de seguros pesos; la Cruz, certificación autorizada de todas las legítimas procedencias de Dios. Lo que de la Cruz procede ó con la Cruz se acompaña ó á la Cruz se endereza, de Dios es y de Dios viene y á Dios se dirige con el sello y marca de su Hijo Jesucristo.

Y cuando decimos Cruz, bien se entenderá que queremos decir lo que por la Cruz se simboliza: la abnegación de nosotros mismos; la victoria de la ley y de la gracia sobre nuestras pasiones; la inmolación de nuestro amor propio en aras de la divina voluntad. Crucificado como Cristo, clavado en la misma Cruz de Cristo, se reputa el hombre que de tal suerte vive ó procura vivir, y éste es quien da de verdadero amor á su Dios y Señor la prueba más incontestable de todos los amores auténticos: la del sacrificio.

—A tanto no suele llegar por muy refinados que sean sus procedimientos el pietismo naturalista.

—No, porque tales frutos no brotan ni maduran más que en el árbol de la gracia sobrenatural, y si por sus frutos se conoce el árbol, por ellos más que por otro

alguno debe quedar acreditada la genuína piedad.

No por suaves deliquios, no por tiernas emociones, no por ardorosos entusiasmos, no por exaltadas protestas, no por encendidos suspiros y derretidas lágrimas, que todo eso puede dar de sí en ciertos temperamentos y en fuerza de determinados estímulos la mera naturaleza pasional y sensible; sino por renunciarse el hombre á sí mismo y á su querer y á sus gustos y á sus intereses y hasta á veces á su misma interior consolación, se conoce el verdadero amador de Dios, el verdadero temple piadoso del alma.

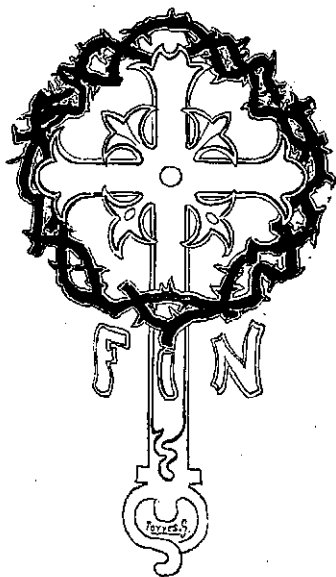
Así la Cruz, la santa Cruz que en el juicio postrero ha de ser traída del cielo entre nubes y por mano de Angeles para ser la última infalible discernidora entre buenos y malos, ó lo que es lo mismo, entre los amigos y los enemigos de ella; la santa Cruz empieza ya desde ahora á hacer aquel su oficio, que por eso dijo á propósito de la misma el Divino Salvador la víspera de su muerte: *Nunc judicium est mundi*: «Ahora va á ser juzgado el mundo.» Y es juzgado, en efecto, y quedan puestas en verdadera luz sus obras, y se revela lo que ellas realmente son, sometiéndolas á ese criterio, al que no resisten falsificaciones ni bastardías.

Eso amemos y eso busquemos y en eso pongamos toda nuestra gloria de cristianos. «A nosotros (dice San Pablo) conviene gloriarnos en la Cruz de Cristo nuestro Señor, en quien está nuestra salud, vida y resurrección.» Y en ella nos gloriamos cristianamente, nó cuando como blason de personal orgullo ó como adorno de profana mundanidad la ostentamos sobre el pecho entre nuestras galas y joyas, ó cuando como mueble artístico la colgamos en nuestras salas, sino cuando hacemos que resplandezca su espíritu en nuestras obras, para que por ellas quede glorificado Cristo Dios, y asegurada nuestra salvación eterna.

Sea en todo la regla de los pensamientos y acciones, sea la enfrenadora de las concupiscencias, sea el yugo amoroso al que se dobleguen las voluntades; y en este concepto endulzadora de todas las amarguras, tesoro de todos los consuelos de la tierra, y prenda inmortal de todas las esperanzas del cielo. Para eso la ha plantado Dios en mitad del mundo y de los siglos, y regado con la Sangre de su Unigénito, y ornado con el precioso fruto de vida que de sus ramos pende.

He aquí el emblema de la piedad; he aquí la piedad misma; he aquí toda la piedad.

Nó la que abona y preconiza el mundo; nó la que juzga compatible con sus vanidades y miserias y pecados; nó *La piedad al uso*, sino la verdadera del buen cristiano, la que reconoce por suya el Evangelio, la que por suya recompensará en la otra vida Cristo nuestro Señor.



OBRAS DE MONSEÑOR DE SEGUR

Las Maravillas de Lourdes.—En 8.º, 75 cénts. en rústica, y 4'25 ptas. en tela.

El Matrimonio.—En 8.º, 40 cénts.

Mi Madre.—En 8.º, 25 cénts.

La Misa.—En 8.º, 38 cénts. en rústica, y 88 en tela.

El Niño Jesús.—En 46.º, 45 cénts. en rústica, y 50 en percalina.

Las objeciones populares contra la Enciclica.—En 8.º, 8 cénts.

El Obrero cristiano. Dos tomos en 8.º, 4'50 ptas. en rústica, encuadrados en un volumen en pasta, 2'25.

La Oración.—En 8.º, 25 cénts. en rústica, y 50 en tela.

La Pasión de Nuestro Señor Jesucristo.—En 46.º, 30 cénts.

La Piedad y las virtudes cristianas.—En 46.º, 35 céntimos en rústica, y 60 en tela.

El Precepto pascual.—En 46.º, 5 cénts.

La Presencia real de Jesucristo en el Santísimo Sacramento del altar.—En 8.º, 45 cénts. en rústica, y 4 peseta en tela.

Reclinatorio para la visita al Santísimo Sacramento.—En 46.º, 60 cénts. en rústica, y 4 pta. en percalina.

La Religión al alcance de los niños.—En 46.º, con cubierta litografiada, 20 cénts. en rústica, y 50 en tela.

La Revolucion.—En 8.º, 25 cénts.

La Sagrada Comunión.—En 8.º, 20 cénts.

El Sagrado Corazón de Jesús.—En 8.º, 75 cénts. en rústica, y 4'25 ptas. en percalina.

Los Santos Misterios.—En 8.º, 63 cénts. en rústica, y 4'42 ptas. en percalina.

La Secta católico-liberal.—En 8.º, 38 cénts.

La Tercera Orden de San Francisco de Asís.—En 8.º, 45 cénts.

Las Tres Rosas de los escogidos, ó sea el amor al Papa, á la Virgen María y al Santísimo Sacramento.—En 8.º, 75 cénts. en rústica, y 4'25 ptas. en tela.

Venid todos á Mí.—En 46.º, con cubierta litografiada, 43 cénts.

Dirigirse á D. Miguel Casals, Pino, 5, Barcelona.

REVISTA POPULAR

**Semanario ilustrado destinado á la mayor difusión de la
bienhechora propaganda católica**

Conoce el pueblo español esas dieciseis páginas semanales, y las ha tratado desde su primera aparición en 1871 con el cariño y confianza ilimitada que sólo se profesan á los verdaderos y probados amigos. A este buen afecto se ha procurado corresponder mejorando cada día, dentro de sus mismas condiciones, la publicación, de las más nutridas del orbe católico sobre ser una de las más económicas.

Su baratura puede apreciarse considerando que por cincuenta céntimos al mes reparte cada semana un número de treinta y dos columnas de texto y cuatro de cubierta: ó lo que es igual, por doce reales al semestre da un tomo de más de 400 páginas, ilustrado por término medio con 50 grabados de distintos tamaños, regalando además en Julio un tomito de folletín con grabados, y de Diciembre á Enero el *Almanaque de los Amigos del Papa* ilustrado también.

PRECIOS: *Dirigiéndose á la Administración:* España, 6 ptas. un año; Cuba y Puerto Rico, 8; Estados de la Unión postal de Europa y Filipinas, 10; Estados de la Unión postal de América, 12'50; y en los demás puntos, 15.

Por medio de Corresponsal: España, 6'50 ptas. un año. En todos los demás puntos del Extranjero; Antillas, Filipinas y Américas, por razón del cambio fijarán los precios los señores Corresponsales.

ADVERTENCIAS.—Los números sueltos se venden á 20 cénts.

No se admiten subscripciones por menos de un semestre en España, y de un año en Ultramar y Extranjero, empezando por Enero ó por Julio.

Dirigirse á D. Miguel Casals, Pino, 5, Barcelona.